

MATEO MORRISON

Temblores en la noche

La almohada que cuida
el lado izquierdo de mi cabeza
no sabe que mis sueños delgados,
se van construyendo junto a ella.

Sueños terribles, sueños tontos,
sueños tenues, sueños de amores
que se evaporan si despierto.

A mi lado, ¿qué soñará la
que hace tantos años
usa la otra almohada
que de seguro tampoco sabe
de sus sueños, aunque sienta
sudores en una madrugada
donde colapsa la energía?

El sudor no tiene nada
que ver con los sueños
porque no transpiran
ni generan nada visible.

2
Infinitamente delgados
se van a otra dimensión

donde ni siquiera los sueños
de la que se supone me ama,
se conectan con los míos
que estoy seguro la aman.

Son sueños incomunicables,
dispersos en sus fragmentos de sombra,
vidas en los escenarios de muerte.
La sábana que sabe aún menos,
trata de comunicarse con
la almohada, que no sabe de sueños
o por lo menos da a entender eso
por la indiferencia que exhibe cuando
la sacudimos y no reacciona
como si el privilegio de resguardar
nuestras cabezas no le importara.

3

La sábana sabe de cuerpos
que se mueven, de sexos diluidos,
de movimientos tenues
y movimientos bruscos
de humedades que hacen temblar
y ella no duerme,
hasta que no se sacie la pasión
en caída vertiginosa hacia el silencio.

Ojos de madre vientos de guerra

Desde la lupa que arrecia mi ceguera te veo cruzar por los hilos del agua. Adivinas a través de tu iris las diversas maneras de morir que cruzan por tus lentes. Aquí madre también se cuecen las habas de tus sueños. Los frutos cultivados en el patio recientemente han sido agujereados. Otra bandera arde en las escuelas y un retrato de Ercilla Pepín nos acompaña en este nuevo intento de humillación imperial. Los reflejos están en las corneas de tus ojos agigantados, pero sin lágrimas donde las 7 que brillan han dejado de proyectarse en nuestro cielo. Ahora son estrellas solitarias que se ocultan detrás de un portaviones. La ciudad atacada en el mismo ombligo se contonea al ritmo de una música que excita los sentidos. Despertamos sobre cada uno de los sueños que elaboraron nuestros muertos mayores. Madre nunca me has abandonado, siempre ha estado presente tu voz. En el terremoto de Agosto contra los latidos de la tierra apenas ponías los débiles latidos de mi corazón que no sabía porque todos oraban.

Nunca me has abandonado y ahora que Abril abre todos los caminos, tú junto a mí abres uno nuevo, lo percibo en tus ojos cuyas pupilas van tomando colores más fuertes y brillantes. Vienes a la mesa y traes víveres cocidos. En los instantes de calma distribuyes la comida con tus manos firmes y un nuevo disparo alumbrá los círculos del patio. Detrás de los restos de carbón las balas persiguen a mis tíos transformados desde sus andamios en diestros combatientes. Adivinan el curso de la muerte y casi se burlan de ella, reincorporándose llenos de polvo y de rencor. ¿Es esta acaso la estación de la vida o de la muerte? En esta primavera el viento

hace temblar el polen y un leve murmullo nos dice que se reiniciarán muy pronto los combates. Las palabras pelean entre sí y cada adjetivo se transforma en cañón, pero la gramática no sabe de balas. Tus ojos adivinan que no ha cesado la muerte, sigue violentando los altares doña Juana hija de San Cosme y San Damián oficiante del barón del cementerio. El altar donde oficiaba Juana ha sido tomado por los invasores y descubrieron que ahí se construían bombas y granadas de miseria callada en medio de un bohío.

En este instante un fusil Mauser puede ser la diferencia entre la vida y la muerte, una granada guardada desde la segunda guerra mundial puede ser una pieza de museo o un estallido de libertad en nuestras manos. Hoy he aprendido a dirigir mis ojos a los enemigos, no los había visto, ahora a quince metros y en el hueco de la vida. Los invasores pueden tener también hijos y esposas que los esperen y madres que como tú agigantan los ojos para que yo pueda leer los signos del peligro. El enemigo es un desconocido que sólo identificas si tu bala es más certera que la de él. Eso aprendimos de mano de la guerra bajo un cielo que nos cobija a todos. La lección es permanente, nadie puede olvidar ni el sonido ni la luz que llenó de muerte al compañero del lado ni su rostro ni sus dolores insertados en el centro de los huesos ni el dolor que no se ve que no se siente que no existe más que en la memoria de los vivos.

Abril apareció de pronto en cada una de nuestras manos, invitándonos a tomar el fragmento de luz que el día nos entregaba. No renegamos del pacto de amor firmado con la sangre, porque en el corazón del llanto se batían los sueños que habíamos cobijado a través de laberintos de una historia repetida. Te tomaré las manos y las asiré a mi pecho, descubriré zonas que fui creando al salir de tu vientre para proteger las huellas de amor que me entregaste. Las demás madres que construyen este ejército de amor contigo, edifican también nuevos caminos. La muerte cruza veloz por estos pina-

res que nos conducen a estaciones que se confunden entre si preñadas de nuevas criaturas que nacen desde el agua enarbolando banderas que prolongan la identidad del sueño. Porque soñar en una guerra es despertar, porque soñar en una guerra es un sueño difícil más cerca de la muerte que del insomnio.

Desde el último piso de la plaza puedes mirar la calle que cruzamos hace cuarenta años en ese trajín ahora autopista, los cadetes dejaron San Isidro para alcanzar el puente. Luis estará tranquilo en New York con su madre preñada por un marine. A través de fragmentos de sombra que delinea tu telescopio podrás ver hasta las hormigas que pasan con rapidez por donde los cañones populares fueron enterrados debajo del último respaldo de piedra ocultaron como un tesoro que dice que los poderes suelen ser vulnerables.

Los barrotes que hicieron para encerrar los últimos resquicios del honor lucen caídos. Nadie entona su ritmo porque ya el heroísmo, dijo Luis, se vistió del último grito de la moda. La canción a la patria suena hueca en las nuevas sinfonías y un ronquido voraz hiende los aires. De todos modos toma tu cruz para una procesión hacia el combate, toma tu machete restaurador y tu trabuco independentista y canta con el coro infinito de tono marcial. La guerra dibujó cristales en los rostros vecinos. Envejecieron en forma acelerada ciguas y mariposas hasta morir dejando solo adornos disecados en múltiples vitrinas. Debo regresar, me muero por no dejarte sola en medio de este desierto con tus ojos de madre atormentada-combatiente.

De pronto un vibrante sonido estalla en el centro de nuestro mundo. Aves hastiadas de tumultos se individualizan y se dirigen exhaustas hacia el sol que derrite sus ojos y van sin rumbo cierto hacia túneles trazados por manos invisibles. Aquí está la tarde en que murieron los hijos de María. Seguros del triunfo caminaron firmes a los barrotes de la cárcel. Ya eran libres y murieron a cuatro esquinas proclamando con sus bocas trasgredidas la posibilidad del cam-

bio. Sobre sus rostros una ciudad que entraba en una nueva etapa no quería que la Fortaleza Ozama se derrumbara y sus techos le cayeran encima de los hombros.

Renacía la ciudad en cada uno de los espacios del sueño y un leve paso reseñará el momento oportuno en que elegimos para morir. En realidad era un momento de elección porque nadie quería perder la oportunidad de entrar por la puerta ancha. Un ojo enorme inauguraba las primeras jornadas donde un fusil ciego trasgredía la cotidianidad. El puente, el puente he ahí el inicio de Ulises y el final de Ernesto o la eternidad de Ernesto y el retorno de Ulises porque el puente fue la frontera entre la dignidad y el vacío. Porque a veces este es el único camino. No hay opciones o estás en el puente o estás en la nada. Francis comprendió rápido la posibilidad del vacío o de la dignidad y no lo pensó más, por eso el puente es el símbolo permanente nacido en los oídos de la patria.